

La concepción de la política en el peronismo se halla inspirada en la lógica de la guerra²⁶. Política y guerra son considerados parte de una agonística, de una misma cuestión, la de la lucha como actividad distintiva de lo humano, y siempre que hay este tipo de lucha no hay más que dos voluntades contrapuestas y una única solución: o se impone una o se impone la otra. Los signos de esta iluminación de la política por la guerra son: a) la visión de la política como una lucha directa cuerpo a cuerpo entre dos voluntades; b) la decisión inconsulta del conductor como objetivo central de esa lucha; c) la conversión de todos los elementos de la actividad en medios, en maniobra en pos del objetivo estratégico de la decisión: si toda acción es táctica, la tensión entre ética y contenido de la acción desaparece; d) el éxito como única regulación exterior de las maniobras del líder.

Al pensar la política en términos de contienda cuerpo a cuerpo, queda desdibujada la mediación institucional, la de la sociedad civil e, internamente, la de los valores del que actúa como posible límites a su acción. La ley se vuelve potencial estorbo para la maniobra, ya que impone restricciones a la acción²⁷, al igual que la voluntad de la sociedad civil, pues su potencial rol de juez de la acción pública mella la indeterminación de que debe gozar la conducción. De ahí que tal voluntad (sea partidaria u opositora) deba ser conquistada, disciplinada, para ponerla al servicio del líder²⁸. Hay una suerte de antropomorfización del poder vía figura del líder y una desinstitucionalización de la sociedad, en el sentido de ruptura del contrato según el cual hay reglas objetivas que regulan los procedimientos. La ley deviene atributo de la opinión y conveniencia del líder.

La dimensión deliberativa de la política²⁹ no sólo cae debido a la preeminencia del líder, sino también por la presencia de un pesimismo antropológico, según el cual hay que generar conductas desde el poder mediante la

²⁶ Perón citará en varias ocasiones la famosa frase de Clausewitz según la cual «la guerra es la continuación de la política por otros medios» (Conducción política, ed. cit., p. 138, y Política y estrategia, ed. cit., p. 111). Sin embargo, al inspirarse en la guerra para concebir la política, parece más bien invertir el sentido de la sentencia, y pensar que la política es un fenómeno militar. Carlos Menem sincera al fin la inversión de esta concepción gracias a su desconocimiento de la

sentencia de Clausewitz, la que cita invertida: «Como decían Clausewitz y Perón, la política es la guerra por otros medios» (Desde el poder. Carlos Menem responde, ed. cit., p. 67). Por otra parte, no hace falta aclarar que, a este respecto, Perón no decía nada, sino que citaba a Clausewitz.

²⁷ Natalio Botana adjudica al menemismo vocación hegemónica, entre otras cosas porque «se vale de las instituciones no como factor limitante de las pasiones, intereses y ambiciones,

sino como instrumento para acrecentar su poder (en este caso mediante la reelección)». «El horizonte del próximo período presidencial», diario La Nación, Buenos Aires, 19.5.95, p. 9. Al caso de la reforma constitucional, podría agregarse el hecho de gobernar abusando del decreto presidencial y el manipular la Corte Suprema para inclinarla a su favor.

²⁸ En Conducción Política, Perón califica la opinión independiente (los que no toman definitivo partido por unos o por otros) como

delito y estupidez. Soportar menos a un independiente que a un opositor es coherente con la lógica de la guerra, pues el independiente es el único que rompe esa confrontación binaria.

²⁹ Véase la tensión entre decisión y deliberación como consecuencia de la lógica del realismo político, en Negretto, Gabriel L.: «El concepto de decisionismo en Carl Schmitt. El poder negativo de la excepción», Revista Sociedad n°4, Buenos Aires, mayo de 1994.

coacción o bien hay que evitar que se produzcan conductas negativas³⁰. Si las virtudes del líder son innatas, las del ciudadano deben ser inducidas. La organización cumple aquí su rol de estímulo y control: hay que forzar las virtudes desde arriba, modelar un «ciudadano» a la medida del líder. Aquí esta concepción reconoce una diferencia entre guerra y política. Si en la primera impera la orden, en la segunda —en la época de masas— se impone la persuasión. Es un rasgo de modernidad de este conservadorismo, pues reemplaza la fuerza por el consenso. Se trata de una diferencia instrumental, de modos eficaces de conseguir lo mismo: la adhesión pasiva de la masa. De ahí que «lo ideológico» en el peronismo esté ocupado por una serie de máximas, de principios de buena conducta, destinados a aprender a moverse en el teatro de operaciones de la política antes que a comprender los fenómenos históricos. Lo prescriptivo suplanta a lo cognitivo³¹.

La caída de toda regulación institucional y societaria abre paso al éxito como único parámetro de la acción política. Pero ¿qué significa una política exitosa? Los éxitos ¿para quiénes son, a qué sectores benefician? ¿Hay éxitos universales en una sociedad de clases? Aquí se ve cómo la inspiración en la guerra reduce la problemática de la política. En ésta, el éxito, en tanto resultado de la lucha, ni es obvio ni es homogéneo, como en aquélla.

Toda acción es maniobra en pos del objetivo estratégico de predominio. Así, lo ideológico deviene un instrumento más³². Del mismo modo que un general elige tal o cual movimiento como táctica, el conductor político elige tal o cual movimiento en el teatro de operaciones de la política con

³⁰ Algunas sentencias de Perón son claras al respecto: «El hombre lo complica todo. La naturaleza es maravillosa, si el hombre no la echa a perder, algunas veces» (Conducción Política, ed. cit., p. 118); «Los hombres son todos buenos, pero si se los vigila son mejores» (Idem, p. 129).

³¹ El apego al pensamiento prescriptivo genera una preocupación antes por la táctica correcta que por la medida buena. Esto hace que el propio conductor se alimente del pensamiento prescriptivo. Si Perón leía tratados militares o gustaba citar al viejo Vizcacha (personificación del viejo astuto

en el Martín Fierro), el autor de cabecera de Carlos Menem es Gibrán Jalil Gibrán, escritor libanés de principios de siglo, a caballo entre la prosa y el aforismo, cuyos textos se vertebrian a partir del diálogo entre un profeta y sus discípulos, en el cual el enseñar las verdades ocultas en los hechos y el consejo sobre el buen obrar lo ocupan todo. (V. El profeta/El loco/El vagabundo. Madrid, Akal, 1993.) Lo doctrinario del pensamiento de Perón se ve también no sólo en el contenido de sus escritos, sino sobre todo en la forma en que son presentados, donde la brevedad (al modo de

sentencias) y la repetición sustituyen a una estructura argumental teórica (V. Conducción política, ed. cit.).

³² Habiendo señalado ya que la política, en esta concepción, es una lucha cuerpo a cuerpo, se puede entender que sus sostenedores crean fehacientemente en que lo ideológico no les es pertinente. En efecto, ¿qué sentido tiene el obrar con una ideología en una lucha, en un juego? En esta actividad sólo cabe lo táctico-estratégico. Lo ideológico es tan pertinente al combate como al arte culinario. En el siguiente pasaje, Perón da cuenta de aquella fe: «Hay un famoso caso de la conducción, que

se le presentó al general Verdy de Vernois (...) El había sido (...) profesor de conducción (...) Llegó al campo de la batalla y dijo: '¿Qué principio aplico aquí? ¿La economía de las fuerzas?', y el enemigo se le venía encima (...) '¿Qué ejemplo de la historia me puede inspirar para la batalla?', y el adversario seguía avanzando (...) Hasta que él se dio cuenta y dijo: 'Al diablo los principios y al diablo los ejemplos; veamos de qué se trata, veamos el caso concreto'. Vio el caso concreto como era, resolvió de acuerdo con su criterio y ganó la batalla». (Conducción política, ed. cit., p. 15).

el único fin de que su voluntad predomine sobre la de su adversario. Una alianza o una política específica no pueden ser evaluadas desde el punto de vista de sus implicancias ideológicas, sino de su acierto a la hora de conducir a la victoria, al predominio. El paradigma militar transfiere un sentido práctico, inmediateista, no trascendental, a la política, pero a la vez dramático, porque cada gesto se transforma en asunto de victoria o derrota. La única guía de la acción es la realidad, que indica desde sí —si es bien comprendida— el rumbo correcto.

La política, para el peronismo, es una lucha negativa, destructiva antes que creativa: el propio predominio deriva antes de la anulación de la voluntad del otro que de la construcción de un programa equis. Como en la guerra, lo negativo (destrucción del adversario) es *conditio sine qua non* de lo afirmativo (victoria propia), y el objetivo final es vacío en cuanto a contenidos: se trata de alcanzar una posición (de primacía) antes que de realizar una tarea.

El pesimismo antropológico, la preminencia de la jerarquía y la desconfianza por lo ideológico, hacen del peronismo un conservadorismo. Pero no se trata de un conservadorismo que mira al pasado, sino que se afirma en el presente para controlarlo y prever el futuro. En efecto, para él la realidad es uniforme, pero no se repite. No hay un orden-paraiso perdido que recuperar ni principios eternos que mantener. Cada situación es nueva. Ante ella no valen ni los principios ni los ejemplos ni la experiencia: éstos pertenecen al pasado y en tanto hábitos mellan la capacidad de adaptación/percepción. Hay que ser sagaz para con lo nuevo reestructurar un orden. El desapasionamiento, el no estar ligado a ningún elemento, es una virtud central del conductor, pues ninguna acción debe estar vedada a fin de reconstruir el orden.

Lo ideológico en el peronismo se encuentra en su concepción de la política, que está hecha de su concepción de la realidad. Esta visión, al concebir la realidad como lo uno, la reproduce en su sentido profundo. Ahí radica su histórico conservadorismo. Lo que sucede es que este conservadorismo, al ser efecto de una serie de principios vacíos en cuanto a contenido, pero llenos en cuanto a función, resulta ser al fin un conservadorismo del orden, y no un conservadorismo de la tradición, a la manera anglosajona³³. Del mismo modo, así como el hacer política en esta concepción se transforma en un modo constante de reflexionar sobre la lógica de la política (se hace política para aprender su lógica), sin embargo nunca la política aparece como objeto a transformar, como institución social histórica, pasible de modificación. Es que también la política es ya una cosa, algo fijo y definido de una vez y para siempre (en este caso, un modo de la lucha), que por tanto no tiene sentido intentar cambiar. No se puede jugar y a la vez intentar mejorar/modificar las reglas. Sólo cabe aprenderlas (esa lógica de la lucha) para aprovecharlas.

³³ La obsesión por el control de la situación política, por evitar el desorden, pero a la vez la aceptación del nuevo panorama que plantea la presencia de las masas en la vida pública, todo lo cual hace que para conservar las jerarquías haya que darle primacía a la idea de orden pero no fijarla a ningún contenido concreto, salvo la jerarquía en sí, acerca al peronismo a un conservadorismo como el de Gaetano Mosca. El del italiano es un conservadorismo que acepta los cambios de lo real como inevitables y por ello desarrolla una sensibilidad especial: la previsión, el adelantarse a los hechos para poder conservar un orden. Se trata de dirigir lo inevitable, pues si no, se lo sufrirá. Por eso no son buenos los principios ideológicos, y sí en cambio el conocer los medios para acceder al poder y conservarlo.